

Versiones narrativas en la construcción de un imaginario

María Coira

Introducción

La publicación, en la Hispanoamérica de las dos últimas décadas, de un creciente número de novelas que ficcionalizan el discurso histórico diferenciándose del modelo canónico de novela histórica plantea interrogantes a despejar. Estos interrogantes no pueden trabajarse desde un campo disciplinar exclusivo: ni la teoría literaria solamente, ni la reflexión acerca de los problemas de la historia, por sí misma, nos permiten empezar a preguntarnos sobre el fenómeno nombrado. Es desde un lugar transdiscursivo, atravesando zonas de la teoría literaria y zonas de la teoría de la historia, que podemos comenzar a pensar en estas novelas. Digo transdiscursivo y no interdisciplinario porque este segundo término presupone el encuentro consensuado de dos "entes" ya constituidos aportando respuestas sobre un tema, cada uno desde lo suyo. Presupongo, en cambio, que ciertos interrogantes van configurando en la búsqueda de posibles respuestas tanto el objeto de estudio cuanto el saber desde donde pensarlo *durante* el trabajo de investigación y no de manera previa al mismo.

Nuestra hipótesis -la existencia de una tendencia significativa que entreteje historia y ficción en la novelística hispanoamericana de la última década- hace que nos preguntemos cuál es el juego que se produce entre estos discursos literarios y otros discursos sociales, a cuestionarnos si dichas obras "comunican" o no algo, si el material histórico recortado es -a la manera de la visión formalista- sólo una motivación para escribir novelas de tal o cual género o si, desde su producción, hay una intencionalidad de transmitir de esa manera indirecta un "mensaje", una visión diferente del fragmento histórico ficcionalizado o la jerarquización de voces, personajes o aspectos silenciados por los discursos históricos conocidos. Adherir a esta última posibilidad, nos plantea nuevos problemas: ¿qué recepción tienen esas novelas?; ¿cómo juegan respecto de otros discursos en la configuración de un imaginario social, tanto en lo que podríamos llamar sus zonas cualitativas cuanto las cuantitativas? y, dado que ese "mensaje" o "mensajes" no están explicitados sino atravesando

modos de habla indirectos o figurados (es decir, literarios), ¿qué huellas textuales encontramos de esa producción de sentido? Simultáneamente, al problematizar la interacción del discurso ficcional y el historiográfico en cuanto a la configuración de ciertas zonas del imaginario social, nos interesa indagar acerca del discurso histórico en varios sentidos: su función social, el recorte en cuanto a lo considerado historiable y el nivel de interés y autoconciencia acerca del cómo se escribe la historia.

El alcance de estos interrogantes excede en tiempo y espacio lo posible de ser abordado en este trabajo. En tal sentido, aclaro que el mismo se inserta en un proyecto de investigación mayor (*Historia y ficción en la narrativa mexicana de los ochenta*), elaborado como plan de tesis de doctorado. En esta instancia, trabajaremos algunos de los problemas planteados y tomaremos dos de las novelas del corpus general por entender que ficcionalizan dos fragmentos altamente relevantes de la historia mexicana: el descubrimiento y la revolución mexicana. Ambas novelas fueron publicadas en México durante los recientes ochenta, de acuerdo al recorte elegido y son **1942. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla** de Homero Aridjis (1985) y **Gringo viejo** de Carlos Fuentes, del mismo año.

La novela hispanoamericana

Problematizar las relaciones entre historia y novela, entre escritura y poder, y entre memoria y lenguaje constituyen cuestiones de vital importancia en una literatura como la hispanoamericana que ha buscado, una y otra vez, sus orígenes en las Crónicas de Indias.

Desde el punto de vista del género, la imbricación de historia y ficción aparece con fuerza en la Europa del siglo XIX, manifestación que hemos dado en llamar "novela histórica". Su traslado a América Latina es casi simultáneo con su desarrollo en Europa, tanto porque la novela europea se lee en América cuanto por ser tomada como modelo por nuestros escritores. Sin embargo, la desarrollada en América Latina no es un calco de su modelo canónico. En el capítulo III de **El balcón barroco**, Noé Jitrik ⁽¹⁾ reflexiona acerca de lo ocurrido con la novela histórica en América Latina y apunta algunas diferencias respecto del modelo europeo. Sintetizamos aquí las líneas relevantes de dicha reflexión: 1) la novela histórica latinoamericana no busca respuestas a las preguntas acerca de la identidad de una clase, la burguesía, sino de una identidad nacional, de legitimidad: saber no tanto de dónde se procede sino qué se es frente a otras identidades (no sólo respecto de Europa o Estados Unidos, sino del resto de los mismos países vecinos); 2) la percepción historiográfica latinoamericana es débil porque la historia está empezando a construirse; 3) hay una tendencia mayor a colocar a los personajes históricos en roles protagónicos, como lo prueba la fascinación que ejercen Pancho Villa, Gaspar Francia o Juan Manuel de Rosas. Con respecto a la trayectoria del género, Jitrik observa que "la historia total de la novela histórica se organiza como un conjunto de desplazamientos en virtud de criterios, conceptos o funciones que la van modificando sustancialmente en su forma" ^(1bis). Esta conceptualización permite, al citado crítico, considerar como novela histórica tanto a **Ivanhoe** de Walter Scott (Inglaterra, siglo XIX) como a **Yo el Supremo** de Augusto Roa Bastos (Paraguay, 1974). Nos manejamos, pues, con un criterio de continuidad que permite leer las variaciones y los desplazamientos del género. Este, lejos de verse como una sustancia, se lee en función del

contexto cultural, histórico y literario implicando no sólo pautas formales sino también contenidos temáticos.

Respecto de la conclusión sintetizada en el ítem 1) en el párrafo anterior, es llamativo observar su homología con la reflexión que, desde la historiografía, hace Michael Riekenberg ⁽²⁾ refiriéndose a cómo varían las interpretaciones históricas en los distintos países latinoamericanos:

"La independencia de España(...) colocó las historiografías latinoamericanas del siglo XIX ante la tarea de legitimar la fundación de los Estados y el inicio de la formación nacional mediante imágenes y símbolos históricos(...) se intentaba lograr esta tarea fundamentalmente a través de la glorificación del movimiento de independencia" ⁽³⁾.

Siempre en el campo de las homologías, observamos que esa tendencia de la novela histórica hispanoamericana a otorgar roles protagónicos a personajes históricos se corresponde, en la mayoría de los casos, con la relevancia de la figura del caudillo en el relato historiográfico. "Como pocas figuras de líderes políticos, el caudillo latinoamericano se presta a estimular nuestra imaginación", afirma Riekenberg ⁽⁴⁾ en un artículo en donde, precisamente, da cuenta de algunos aspectos del fenómeno caudillesco.

Hechas estas consideraciones generales, no vamos a realizar aquí una historia de las etapas y manifestaciones de esta clase de novelas. Vamos a interrogarnos, más bien, acerca de su situación actual. Sin embargo, es importante recordar que, mucho antes de la aparición del género "novela histórica" en el siglo XIX, ya en la época de la Colonia, la historia y la ficción habían interactuado de manera significativa en América Latina. Entre 1531 y 1543, la Corona española decidió impedir la entrada a América de libros de romance y fábulas considerando que esas historias "mentirosas" podían ser nocivas para la evangelización de los indios. Si bien esta prohibición no obtuvo un éxito total, tal como ha sido constatado por el estudio de Irving A. Leonard **Los libros del conquistador** (1953), en cuyos apéndices detalla la infiltración de novelas a través de los puertos de América colonial, es relevante el fenómeno ya apuntado por Jean Franco acerca de que al haberse prohibido la ficción es el discurso histórico de crónicas y relaciones el que, en parte, se hace cargo de las mismas ⁽⁵⁾.

La historia ficcionalizando cuando se censura la imaginación, durante la Colonia; la ficción brindando versiones distintas de las de la historia oficial, en nuestras novelas actuales. Este es uno de los ejes propuestos para la reflexión. Así, en ocasión de recibir el premio Rómulo Gallegos por **Terra Nostra** en 1977, Carlos Fuentes expresa:

"(...)la gigantesca tarea de la literatura latinoamericana contemporánea ha consistido en darle voz a los silencios de nuestra historia, en apropiarnos con palabras nuevas de un antiguo pasado que nos pertenece e invitarlo a sentarse a la mesa de un presente que sin él sería la del ayuno" ⁽⁶⁾.

Este juego coincidente en algunos aspectos, divergente en otros, con recortes y focalizaciones ya similares, ya distintas entre las narraciones históricas y las ficcionales, nos coloca ante otra problemática: la de la escritura. En la ocasión citada líneas arriba, manifiesta Fuentes:

"(...)también la historia es, finalmente, una operación del lenguaje: sabemos del pasado y sabremos del presente, lo que de ellos sobreviva, dicho o escrito" (7).

Ya en 1936, Robin G. Collingwood había enunciado que sólo lo que se escribe es histórico. En realidad, lo que se escribe y reescribe una y otra vez. No basta la consignación escrita aislada; la supervivencia de sucesos, nombres, temas y estudios requiere su constante reelaboración, relectura y, por ende, reescritura (8).

Las versiones narrativas

Referir es, etimológicamente, también relatar (9). Y la escritura del relato juega a rescatar la memoria de los hombres. Ahora bien, si la memoria necesita para permanecer un sujeto que la escriba, sabemos también que ni la ficción, desde su imaginaria, ni el texto historiográfico, desde su supuesta objetividad, dejan de estar cruzados por la ideología. El problema de la "objetividad" de lo histórico ha sido replanteado en este siglo mediante la crítica de la noción del hecho histórico que no es más considerado como un objeto dado sino como el resultado de la construcción de lo histórico. Es más, en relación al problema de la memoria, en los últimos años asistimos a la crítica de la noción de documento, que no es un material inocente y objetivo sino que expresa el poder de la sociedad del pasado sobre la memoria y el futuro: el documento es monumento (10). Al respecto, en **Pensar la historia**, Jacques Le Goff reflexiona:

"La toma de conciencia de la construcción del hecho histórico, de la no inocencia del documento, lanzó una luz cruda sobre los procesos de manipulación que se manifiestan a todos los niveles de la constitución del saber histórico. Pero esta constatación no debe desembocar en un escepticismo de fondo a propósito de la objetividad histórica y en un abandono de la noción de *verdad* en la historia; al contrario, los continuos progresos en el desenmascaramiento y la denuncia de las mistificaciones y las falsificaciones de la historia permiten ser relativamente optimistas al respecto" (11).

Retomemos: ni ilusión de objetividad plena, ni pérdida de la noción de verdad; ni confusión entre ciencia histórica y compromiso político, ni negación respecto de que la lectura de la historia del mundo implica, a veces, una voluntad de transformarlo. El trabajo por la verdad se articula, por una parte, con la lucha contra nuestra tendencia a pensar que todo cae de su peso (el sentido común); por la otra, con la tarea de deconstrucción de legitimaciones; por ejemplo, el trabajo de Duby sobre los "tres órdenes" (12). Para Josep Fontana,

"(...)desde sus comienzos, en sus manifestaciones más primarias y elementales, la historia ha tenido siempre una función social -generalmente la de legitimar el orden establecido-, aunque haya tendido a enmascararla,

presentándose con la apariencia de una narración objetiva de acontecimientos concretos" (13).

¿Compiten nuestras novelas con prejuicios, estereotipos y versiones oficiales de la historia? Este es uno de los campos a investigar. Seguramente la respuesta no es una sola para todos los aspectos, pero la tendencia de la novelística que ficcionaliza el discurso histórico en la última década tiende, en Hispanoamérica en general y en México en particular, a ofrecer nuevas lecturas de la propia historia.

Otra consecuencia de la crítica de la noción del hecho histórico es el reconocimiento de realidades largamente descuidadas por los historiadores. Es el caso de la consideración de lo cotidiano, la mirada sobre el hombre común, sobre los vencidos o las culturas no europeas. Junto a la historia política, económica y social, y cultural, nació una historia de las representaciones (mentalidades, imaginario, conductas y rituales) (14). Aparece entonces como relevante el punto de conjunción de lo individual con lo colectivo, de lo inconsciente y lo intencional, de lo marginal o periférico y lo central.

Una posible entrada a nuestras novelas consiste pues en observar no sólo qué período cronológico de la historia ficcionalizan sino con qué tipo de discurso histórico tienen relación, cuál es la concepción de la historia implícita en el texto literario. Interesa, así, preguntarnos, además de por la versión narrativa ofrecida a la elaboración del lector también qué es lo que se recorta: qué períodos, qué personajes, cuáles son las voces que se expresan y, especialmente, cuál es el espacio de lo no registrado por la historiografía y reconstruido por la ficción novelística.

En el caso de **Gringo viejo** (15), Carlos Fuentes ficcionaliza a partir de lo que el documento calla. La novela nos presenta un momento de la revolución mexicana, hacia 1914, en el nortño estado de Chihuahua. Estamos, pues, en las tierras de Pancho Villa y su legendaria División del Norte. Personajes referenciales y ficticios conviven. Llamamos personajes referenciales a aquellos que están codificados en el inventario cultural previo y reconocibles a causa de ello por el lector. En este caso se trata de personajes históricos: Pancho Villa, la mención a Carranza, el "borracho" Huerta y a Porfirio Díaz, del repertorio mexicano y el presidente Wilson, el escritor Sinclair, el empresario William R. Hearst -célebre Citizen Kane del filme de Orson Welles-, desde el repertorio estadounidense. El mismo "gringo viejo" ficcionaliza al escritor norteamericano Ambroce Bierce quien, hacia 1914 buscó deliberadamente, como una forma de suicidio, perderse en la violencia anónima y colectiva que imperaba entonces en México. El relato nos remite tanto a sucesos registrados en el discurso histórico como a la obra ensayística del mismo Fuentes, fundamentalmente **Tiempo mexicano** (1971). El discurso incluye frases entrecomilladas: "mátenlos en caliente", registrada frase de Porfirio Díaz; "morir en México es una buena eutanasia, es mejor que morir de anciano, de enfermedades o porque se cayó uno por la escalera", de la correspondencia de Ambroce Bierce y la popularizada frase "pobrecito México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos". La ficcionalización de los últimos días de vida de Ambroce Bierce (de quien nunca se volvió a saber nada una vez que cruzó la frontera) y la convivencia de estos personajes históricos con los ficticios del general villista Arroyo y la maestra yanqui, ofrece toda una lectura acerca del problema de la frontera entre México y Estados Unidos y el contraste entre ambas culturas. La frontera es real y simbólica

simultáneamente; constituye una región especial: zona de pasaje e interacción cultural. La geografía metaforiza la bisemia: El Paso, del lado de allá; ciudad Juárez, del lado de acá y, en el medio, el río llamado Grande, por unos y Bravo, por otros. La ficción actualiza acontecimientos traumáticos de la historia mexicana: en 1847 los Estados Unidos anexaron a sus territorios los de Texas y California. En la guerra, México perdió también los actuales estados norteamericanos de Colorado, Arizona, Nuevo México, Nevada y Utah. El pueblo del norte había avanzado ya hacia el oeste hasta detenerse ante el Pacífico; ahora, avanza hacia el sur. Al desenterrar el cadáver del gringo para devolverlo al norte, el coronelito Frutos García habla a esos ojos que aún parecen tener vida:

"¿Nunca piensan ustedes que toda esta tierra fue nuestra? Ah, nuestro rencor y nuestra memoria van juntos" (GV, 17).

El contraste cultural aparece representado mediante una serie de oposiciones binarias. Desde una síntesis, podemos relevar: los que se mueven siempre/los inmóviles; los que penetran/los penetrados; el pueblo que tiene leyes no escritas pero respetadas/el pueblo de ley escrita que, de acuerdo a la consigna de la burocracia española "se cumple pero no se obedece"; los del dios despojado de carnalidad, abstracto, reverenciado en templos geométricos/los del dios encarnado en un cuerpo sangrante y adorado en templos barrocos; los que no tienen una ciudad "mitad y mitad" porque "no se atrevieron a fornicar con sus indias"/los mestizos.

La frontera adquiere otro valor al metaforizar los estados de conciencia y la dificultad de aceptar al otro:

"¿Y la frontera de aquí adentro?, había dicho la gringa tocándose la cabeza. ¿Y la frontera de acá adentro?, había dicho el general Arroyo tocándose el corazón. Hay una frontera que sólo nos atrevemos a cruzar de noche -había dicho el gringo viejo-: la frontera de nuestras diferencias con los demás, de nuestros combates con nosotros mismos" (GV, 13).

En este punto estamos en uno de los aspectos más relevantes de la novela. En primer término, es la primera vez que Fuentes ficcionaliza la Revolución Mexicana como un presente. Desde **La región más transparente** (1958), pasando por **La muerte de Artemio Cruz** (1962), Carlos Fuentes ha ficcionalizado el periodo posterior a la Revolución Mexicana representando aspectos de su posterior corrupción y traición a sus ideales. Aquí, en cambio, aparece en el momento de su apogeo, aún no ha podido corromperse. Se rescata su valor fundante. Simultáneamente, ficcionaliza mediante la evolución del personaje yanqui de la maestra, una salida al viejo conflicto de la frontera -la aceptación del otro- desde su propia ideología manifestada como expresión de deseo. "México no es un país perverso. Es sólo un país diferente", le dice el viejo escritor a Miss Harriet.

El texto novelístico mismo opera como cruce de fronteras entre los discursos: ficción, historia, ensayo.

La lectura de **Gringo viejo** confirma, por una parte, el mito fundante de la Revolución Mexicana hacia el pasado -mediante el recurso de actualizarla como un presente- y, por la otra, proyecta como una utopía interna al texto una solución a las relaciones con Estados

Unidos: que el país poderoso respete a México con su identidad y sus características -mediante el recurso de la evolución del personajej Miss Harriet-. Es también relevante el ideologema del México mestizo. En un país como México, donde se otorga una especial importancia a la enseñanza de la historia como forma de homogeneizar los valores nacionales, la imagen de un México mestizo fue promovida como manera de atenuar los enfrentamientos entre indigenistas e hispanistas ⁽¹⁶⁾.

Observamos, entonces, que en el caso de esta versión narrativa el imaginario al que se apela abandona la crítica de izquierda a los gobiernos actuales del PRI simultáneamente con la reafirmación del mito revolucionario de 1914. Por otra parte, ante las relaciones con Estados Unidos hay una ausencia de los argumentos antiimperialistas característicos de narrativas anteriores del mismo Fuentes y sí aparece como utopía la aceptación de la otredad.

Así, en la secuencia que presenta a Harriet regresando al norte con el cadáver del viejo, leemos:

"-No, no, yo quiero aprender a vivir con México, no quiero salvarlo- alcanzó a decir y abandonó al grupo de periodistas, abandonó al cadáver del viejo, corrió de regreso a la frontera, al río, al sol cansado de ese día que se iba poniendo a lo largo del occidente fronterizo, corrió como si hubiera olvidado algo que no les dijo a los periodistas(...), como si pudiera hacerles entender que estas palabras no significaban nada, salvar a México para el progreso y la democracia, que lo importante era vivir con México a pesar del progreso y la democracia, y que cada uno llevaba adentro su México y sus Estados Unidos, su frontera oscura y sangrante que sólo nos atrevemos a cruzar de noche: eso dijo el gringo viejo" (GV, 177).

La dinámica de la oposición presente/pasado

Marc Bloch prefería hablar de la historia como la ciencia de los hombres en el tiempo y no como la ciencia del pasado. Asimismo, a la actitud tradicional de buscar comprender el presente a través del pasado agregó la de comprender el pasado mediante el presente. De ahí que no considerara el trabajo histórico como tributario de la cronología y su interés por un método prudentemente regresivo, conciente de que no existen trayectos lineales ni en uno ni en otro sentido y de la importancia de saber leer las rupturas y discontinuidades imposibles de saltar. En esta interacción entre pasado y presente, Le Goff aconseja escapar tanto de anacronismos como de considerar al pasado como algo ya dado. La historiografía ofrece nuevas lecturas, sufre pérdidas y resurrecciones, blancos en su memoria y revisiones. Asimismo, llama la atención sobre dos ilusiones posibles: la romántica al estilo de Michelet que presupone una resurrección integral del pasado y la positivista, cuyo exponente sería Ranke y su pretensión de relatar lo que exactamente sucedió. Un aspecto imposible de soslayar es, para Le Goff, el de que el interés por el pasado reside siempre en relación con el presente.

Esta teorización nos resulta productiva ya que observamos que una de las tendencias de la novelística abordada consiste en ficcionalizar sobre la base de una investigación erudita sobre el pasado y, simultáneamente, hacer de esa ficcionalización del pasado una lectura metafórica acerca del presente.

1942. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla ⁽¹⁷⁾ de Homero Aridjis ficcionaliza el mundo del conquistador en los años previos al Descubrimiento. En realidad, la narración comienza cien años antes, en el verano de 1391, con el asalto a la judería de Sevilla y concluye con el viaje de Colón a las Indias, en agosto de 1492. Si nos detenemos en la lectura del título, observamos que el orden de las palabras y la disposición tipográfica jerarquizan la fecha. Por otra parte, dada la extensión del título, es previsible que la novela tienda a ser identificada por la sola mención del año. El segundo renglón (o verso) pluraliza la notación temporal en el sustantivo "tiempos": 1492 no es sólo un año; en realidad, es una época que culmina en esa fecha. El último renglón corresponde al nombre del personaje y a su localización espacial: Juan Cabezón de Castilla. Observamos, pues, desde el tratamiento del título, un desplazamiento del personaje y un primer plano de lo temporal como época. El texto confirma este anticipo: lo histórico adquiere espesor y relevancia mientras que los personajes protagonistas no presentan una elaboración acerca de sus motivaciones ni de sus deseos; es decir, no están producidos configurando una psicología de personajes como fue predominante en las novelas canónicas del siglo XIX y parte de las del XX. Es así como constatamos personajes típicos que parecen haber sido extraídos de otras novelas, tal como es el caso de los pícaros.

Los "tiempos" aludidos refieren cuatro hitos históricos: 1492 es el año clave en que los Reyes Católicos ganan la guerra de Granada; el año en que firman el Edicto de Expulsión de los judíos de toda España; el año en que Antonio de Nebrija publica la primera Gramática castellana y en el que Cristóbal Colón descubre para Europa el Nuevo Mundo. **1492** puede ser leído como una bisagra entre lo que pasó y lo que cambió en el mundo a partir de esa fecha. Sabemos que la distinción entre pasado y presente es un elemento esencial de la concepción del tiempo. Una división pasado/presente a nivel colectivo implica una serie de operaciones, conscientes e inconscientes, en la vida de un pueblo. Le Goff ⁽¹⁸⁾ llama la atención sobre algunos ejemplos como es el caso de los franceses donde se revela la función que desempeñó la revolución francesa en la conciencia nacional, desde el momento en que su historia contemporánea se inicia oficialmente en 1789. En realidad, en la mayor parte de los pueblos y naciones se encuentran censuras ideológicas de este tipo. Es interesante considerar al respecto lo que implica tanto el peso del pasado como su desconocimiento o la escasa profundidad del mismo en el imaginario colectivo de un pueblo ⁽¹⁹⁾.

En el año del quinto centenario, no necesitamos explayarnos acerca del peso de ese acontecimiento de conciencia e imaginario colectivo de pueblos tanto americanos como europeos.

Ahora bien, de los hitos mencionados, la toma de Granada es solamente mencionada. Es objeto de una ficcionalización secundaria y no aparece como documento o verosímil del mismo. Al incluir aquí la palabra documento, creo necesaria una digresión para dar cuenta de que el texto novelístico propiamente dicho se encuentra, por una parte, precedido por una nómina de autores e instituciones a quienes Aridjis agradece las crónicas, memorias, anales,

diccionarios y publicación de documentos que han hecho posible su propio libro, y, por la otra, es seguido en un **Apéndice** que transcribe íntegro y textual un proceso que la "Santa Inquisición" sigue en Ciudad Real, contra un hombre y una mujer judíos, hermanos entre sí, iniciado el 14 de noviembre de 1483 y con sentencia de fecha 30 de enero de 1484. Dicho **Apéndice** se extiende a lo largo de diez páginas, y es importante destacar que los acusados son, a su vez, personajes de la novela que nos ocupa. Hallamos aquí un claro ejemplo de la tendencia arqueológico-erudita señalada anteriormente como una de las características de la novela histórica de la última década. No es casual que su autor sea mexicano si tenemos en cuenta la fuerte investigación realizada en México acerca de los documentos referidos a la Inquisición y su correlato en el revisionismo operado en España al respecto después de la muerte de Franco.

Volvemos a la novela y a cómo aparecen ficcionalizados los hitos históricos mencionados. La publicación de la Gramática de Nebrija no está mencionada en la novela en sí, si bien Nebrija figura en la nómina de agradecimientos nombrada. Es mediante el tratamiento del lenguaje que accedemos a un verosímil de lengua arcaica, pre Nebrija y, asimismo, al castellano ya normatizado que presupone dicha Gramática. Este aspecto es importante, aunque no vamos a detenemos en él, ya que llama la atención acerca de que en este cruce de historia y ficción no debemos atender solamente a lo explícitamente narrado sino, muy especialmente, a lo no dicho, a los silencios e implícitos textuales.

El Descubrimiento en sí no está narrado en esta novela sino en otra que continúa la saga narrativa (**Memorias del Nuevo Mundo**, 1988). Aquí se detiene en la partida de las carabelas y la carga está puesta en configurar cuál es el mundo que el conquistador traerá consigo a América configurado por su lenguaje y del cual la cruz y la espada son los símbolos más generalizados.

De los hitos enumerados como emergentes significativos del año 1492, el que aparece tematizado y jerarquizado por la narración es el de la expulsión de los judíos. El texto se transforma de una picaresca cuyo modelo canónico es la anónima **Lazarillo de Tormes** en la crónica de una persecución. Dicha crónica toma como cesura el 6 de febrero de 1481 cuando -conseguida ya la bula papal- se celebra el primer auto de fe en Sevilla:

" 'El fuego está encendido', escribió el cura de los Palacios, 'quemará hasta que halle cabo a lo seco de la leña, que será necesario arder hasta que sean desgastados e muertos todos los que judaizaron, que non quede ninguno, e aun sus fijos, los que eran de veinte años arriba; e si fueron tocados de la misma lepra, aunque tuviesen menos'" (1492, 147).

Se expande luego el registro de los hechos al reemplazarse las itinerancias del narrador protagonista por las calles de Madrid, por las recorridas a través de los reinos de España en búsqueda de su amada, judía prófuga. La búsqueda permite la descripción detallada de autos de fe, actitudes de los frailes dominicos, de los "familiares de la Inquisición", la recepción de largos relatos testimoniales confesados al narrador por otros personajes y hasta la transcripción del testamento de un viejo judío que ocupa cuatro páginas en el texto. Se trabaja así no sólo con la reconstrucción histórica sino con la inclusión de documentos y pregones que introducen la lengua arcaica. Hacia el final de la novela (332 a

335), el texto presenta su grado máximo de referencialidad con la transcripción del edicto de expulsión del 30 de marzo de 1492. Es importante destacar que en la relación ficción-documento se llega a privilegiar este último aún en detrimento de convenciones de verosimilitud básicas. El narrador expresa que se pregonó el edicto ante multitudes y a continuación, entrecomillado, se transcribe el texto íntegro, en lugar de ofrecer una síntesis como es usual en la novela histórica canónica, como si ese narrador del siglo XV hubiese llevado a cabo una grabación. En realidad, todo el tratamiento del narrador-personaje implica una jerarquización de su rol de narrador y una minimización de su accionar y su verosimilitud como personaje. Juan Cabezón funciona para narrar; es por eso que, pese a estar presente en situaciones de riesgo, tratar a judíos, ser él mismo un converso, etc., nunca le pasa nada. El sobrevive como personaje para seguir funcionando como narrador. Como en el caso de Sherezada, en las **Mil y una noches**, el avance de la narración es correlato de la postergación de su muerte. Esto permite, a su vez, hacer de Juan Cabezón un ser problematizado por la conciencia de su privilegiada supervivencia, siendo la problematización una característica propia del héroe moderno:

"Además, para mi propia vergüenza y a mi pesar, al verlos exánimes en el polvo sentí la alegría inmensa de encontrarme vivo bajo la luz del sol" (1492, 323).

El exilio y los desplazamientos abren el camino a la utopía y, al mismo tiempo, a la anticipación. El Descubrimiento y la Conquista, no narrativizados en el texto, anticipan sin embargo algunos de sus hechos: la persecución de los indios, su evangelización compulsiva, las iglesias con la cruz levantada sobre las ruinas de sus antiguos templos como antes se habían consagrado al culto oficial mezquitas y sinagogas en España. También hay apertura: hacia lo nuevo, hacia la modernidad y hacia la creación de un nuevo espacio y tiempo histórico.

"Buen viaje faga el señor familiar de la Inquisición", dice Juan Cabezón a un fraile conocido. "Mal viaje faga vuestra merced en la empresa de don Cristóbal Colón", le contesta éste sin mirarlo. Este cruce de caminos, de direcciones espaciales y de palabras tematizan, a su vez, los caminos de la historia. El señor familiar de la Inquisición habla desde el poder, desde lo institucional y desde la certeza; Juan Cabezón lo hace desde la marginalidad y la incertidumbre de lo desconocido. Sin embargo, el lector, desde el presente, puede ver la inversión operada: un camino va hacia lo nuevo y el otro representa lo anacrónico.

Ahora bien; ¿es definitiva esa decodificación de lo anacrónico como algo superado? El lector de estos tiempos y de estas tierras puede encontrar, también, ecos actuales de esta crónica de persecución. 1492, que por una parte se nos presenta como una novela arqueológica, puede también operar como una metáfora del presente, sin la catarsis que implica elaborar hechos contemporáneos, con la distancia que posibilita el trabajo documental sobre el siglo XV.

El peso de los sistemas de representaciones

Constatar la existencia de una significativa corriente de publicaciones de novelas que ficcionalizan el discurso histórico durante los últimos diez o quince años, en Hispanoamérica, nos llevó a indagar qué tipo de diálogo sostenían esas ficciones con otros discursos sociales. ¿Confirman los estereotipos o los deconstruyen? ¿Ofrecen alternativas con respecto de las versiones de la historia oficial? ¿Qué imagen ofrecen de los periodos ficcionalizados y cómo configuran la oposición presente/pasado? Estas, entre otras, eran las cuestiones que nos ocupan y que hemos comenzado -es sólo un comienzo- en este trabajo. Este tipo de inquietud presupone un interés por la cultura ideológica y por otorgar un lugar de importancia a la circulación de bienes simbólicos, a los niveles de conciencia colectiva y a las estructuras inconcientes en la historia de los hombres.

En este contexto, afirmamos que el discurso produce formaciones ideológicas y desestimamos la lectura de textos literarios como puro reflejo de la realidad. Nos parece importante, en cambio, considerar la mayor cantidad de variables posibles, en el convencimiento de la extrema complejidad de lo que llamamos "realidad", observando cómo juega el discurso literario en relación a otros sistemas de representaciones y cómo aporta a la configuración de un imaginario social.

Es por eso que, aunque no es el tema específico de este trabajo, prestamos seria atención a la dialéctica tradición/innovación leída en el contexto de la evolución literaria, la problemática de los géneros y estrategias discursivas, la indagación acerca de los pactos o hábitos de lectura, el lector modelo implícito en el texto ⁽²⁰⁾ y el juego de categorías de lo dicho y lo no dicho, es decir, de lo explícito y lo implícito textual.

En "Historia social e ideologías de las sociedades", Georges Duby, afirma:

"(...)para comprender la ordenación de las sociedades humanas y para discernir las fuerzas que las hacen evolucionar, importa prestar atención a los fenómenos mentales, cuya intervención es incontestablemente tan determinante como la de los fenómenos económicos y demográficos. Pues no es en función de su condición verdadera, sino de la imagen que de la misma se hacen y que nunca ofrece su reflejo fiel, que los hombres arreglan su conducta. Se esfuerzan por adecuarla a modelos de comportamiento que son producto de una cultura y que se ajustan, bien o mal, al curso de la historia, a las realidades materiales" ⁽²¹⁾.

Asimismo, Duby convoca a prestar la máxima atención a lo callado ya que las omisiones constituyen un elemento fundamental del discurso ideológico, lo cual acordamos plenamente e intentamos no olvidar a la hora de leer los textos ficcionales. Así, en **1492** leímos una Conquista no narrada, la importancia de una lengua -el castellano- desde el trabajo fónico y gráfico textual, la vigencia actual de la problemática de los derechos humanos, entre otras cosas, que, sin duda están en el texto pero no de una manera explícita. En **Gringo viejo**, observamos un tratamiento diferente respecto de la Revolución Mexicana en relación a la obra anterior del mismo Fuentes. Se desplaza aquí el eje de la crítica al

gobierno actual del PRI, presente en sus otras novelas, hacia el momento mismo de la Revolución. Esta corre el riesgo de transformarse en un pasado mítico y, tal como se ha explicado respecto del pensamiento salvaje, el tiempo transcurrido entre ese hecho mítico y el presente puede verse como muy aplanado. Especialmente, si se resuelve dentro del marco de ese pasado (1914) el conflicto con Estados Unidos -aceptación de la otredad- cuando en el mundo extratextual ello no se había producido a la fecha de la escritura de la novela (terminada en 1984 y publicada en 1985). Es cierto, por otra parte, que también puede leerse esa propuesta ficcional como deconstrucción de la xenofobia tantas veces vista como típica de la mentalidad mexicana más extendida.

En este caso particular de la Revolución Mexicana, observamos que el mundo ficcional acuerda con una de las visiones históricas de la misma: la revuelta popular, la movilidad de sociedades campesinas hasta ese momento estáticas y la asumisión de una identidad y autoconciencia hasta el momento no tenidas (recordemos la metáfora de los villistas viéndose por primera vez al espejo en la sala de la estancia abandonada). Al respecto, la historiografía académico-científica está en permanente revisión y plagada de polémicas en cuanto a la explicación de la revuelta ⁽²²⁾.

En cuanto a ficcionalizar a partir de personajes marginales, reconstruyendo lo no documentado o exhumando documentos acallados, y en cuanto a la importancia otorgada al lenguaje y la cultura, estas versiones narrativas ficcionales se acercan a la visión de las corrientes de la historiografía que estudian las estructuras de larga duración, los valores culturales y los modos de sentir la vida y la muerte.

Tal vez podríamos preguntarnos cuál es la posibilidad real tanto de la novelística cuanto de la historiografía académica de influir realmente en la construcción de un imaginario social. Pensemos lo restringida que es sus circulación en relación a los medios masivos de comunicación o al rumor. Pero, por una parte, si consideramos que los fenómenos ideológicos son de muy lento movimiento no podemos apresurarnos a evaluar resultados y, por otra parte, la ficción juega un rol especial en la vida de los hombres. Tomemos como muestra la reflexión del analista del lenguaje John Searle ⁽²³⁾ quien al final de un artículo donde estudia el estatuto lógico del discurso de ficción otorgándole al mismo el mero rol de actos de habla fingidos. No encuentra una única respuesta pero especula acerca del rol fundamental de la imaginación en la vida humana y de la importancia que sus productos tienen en la vida del hombre. Además, llama la atención sobre el hecho de que casi todo texto de ficción tiene un mensaje o mensajes que están, sin duda alguna, transmitidos *por* el texto aun sin estar *en* el texto.

Coincidimos plenamente y pensamos que, con distinto grado de importancia, estas novelas que, en líneas generales, ofrecen lecturas alternativas a las dominantes o hegemónicas lanzan sus versiones narrativas al juego del imaginario social compitiendo, a veces, con los discursos oficiales de la historia.

NOTAS

(1) Noé Jitrik, **El balcón barroco**, México, UNAM, 1988.

(1bis) **Ibídem**, pág. 53.

(2) En la "Introducción" a **Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica**, Alianza Ed., Buenos Aires, 1991, Riekenberg considera que el común denominador de la historia latinoamericana, más allá de diferencias específicas, ha sido su utilización ideológica. Un fenómeno generalizado ha sido la glorificación de la lucha por la independencia como forma de legitimar los nacientes estados. Para este autor en la percepción semirreligiosa de la historia, el eurocentrismo tiene su complemento latinoamericano en los distintos mitos que fueron madurando a raíz de los diferenciados procesos de transformación nacional como el mito revolucionario en México, la presencia romántica del gaucho como prototipo del ser nacional en Argentina o el culto venerador de Bolívar en Venezuela (pág. 15). Por su parte, en "Política de desarrollo y nacionalismo en América Latina en el siglo XX", compilado en el libro citado en esta misma nota, Hans Jürgen Puhle, considera que la integración y la movilización, la superación y evitación de conflictos mediante la historia y el recuerdo o la evocación de la historia, son asuntos cotidianos que adoptan variadas modalidades como el mito de la estabilización de situaciones posrevolucionarias como en Bolivia y en México, o la posibilidad de evocar un pasado autóctono como compensación de la miseria permanente como en Perú. En el caso de México, se añaden mecanismos específicos de identificación cultural ("raza cósmica", desde los tiempos de Vasconcelos y mestizaje). De ahí la importancia atribuida por estos autores a la investigación científica y la divulgación de sus resultados. El hecho de que la consolidación e institucionalización de la investigación histórica y la comunicación de sus logros sea lenta, es lamentable para Riekenberg y Puhle. Por otra parte, consideran necesaria una mayor relación entre los investigadores científicos y los autores de los textos escolares (págs. 18-23).

(3) **Ibídem**, págs. 14-15.

(4) En "Caudillos y caudillismo. La presentación del tema en los libros escolares latinoamericanos de historia", Riekenberg, **op. cit.**, págs. 172-193, considera que el caudillo que aparece en los textos escolares es una figura estereotipada, en contraste con estudios que demuestran la complejidad del fenómeno del caudillismo, que debe analizarse en su contexto específico. En general, es asociado a lo regional y su poder disminuye en la medida en que avanza el poder del gobierno central. Sin embargo, la cosa se complica cuando se considera al caudillo como factor de unificación tal como se lo ha leído a Juan Manuel de Rosas. Según la profesora J. Z. Vázquez del prestigioso Colegio de México, informa Riekenberg, los historiadores sudamericanos han ido prescindiendo de la palabra "caudillismo".

(5) Dice Jean Franco. "(...)los materiales novelísticos potenciales tendían a ser desviados por otros conductos. El nuevo mundo no podía importar ni publicar novelas, ya que los indios debían ser preservados de una literatura de ficción que podía hacerlos concebir dudas acerca de las verdades religiosas. De ahí que anécdotas picantes que hubieran podido dar origen a una novela picaresca o a un volumen de cuentos al estilo de Bocaccio, se presentaran como formando parte de una crónica histórica(...)" (**Historia de la literatura hispanoamericana**, Monte Avila, Caracas, 1975, pág. 19).

(6) Citado por Djelal Kadir en "Historia y novela: dramatización de la palabra", Roberto González Echavarría (comp.), **Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana**, Coloquio de Yale, Caracas: Monte Avila, 1984, pág. 300.

(7) **Ibíd.**

(8) Según Le Goff, "el carácter *único* de los acontecimientos históricos, la necesidad por parte del historiador de mezclar relato y explicación hicieron de la historia un género literario, un arte al mismo tiempo que una ciencia. Si esto ha sido cierto desde la antigüedad hasta el siglo XIX, de Tucídides a Michelet, lo es menos en el siglo XX. El creciente tecnicismo de la ciencia histórica hizo más difícil al historiador aparecer también como escritor. Pero siempre hay una *escritura de la historia*" (**Storia e memoria**, Giulio Einaudi, Turín, 1991, pág. 14).

(9) Acerca de la ambigüedad semántica de la palabra "historia" expone Le Goff: "(...)en las lenguas romance *historia* expresa dos, cuando no tres conceptos diferentes. Significa: 1) la indagación sobre *las acciones realizadas por los hombres* (Heródoto) que se ha esforzado por constituirse en ciencia, la ciencia histórica; 2) el objeto de la indagación, lo que han realizado los hombres(...) Pero historia puede tener un tercer significado, precisamente el de *relato*. Una historia es un relato que puede ser verdadero o falso, con una base de *realidad histórica* o meramente imaginario, y éste puede ser un relato *histórico* o bien una fábula. El inglés elude esta última confusión en tanto distingue *history* de *story*, *historia* de *relato*" (**ibíd.**, págs. 21-22).

(10) Michel Foucault, **L'arqueologie du savoir**, Gallimard, París, 1969. (Hay traducción castellana: **La arqueología del saber**, Siglo XX, México, 1984. Vid. también J. Le Goff, **op. cit.**

(11) J. Le Goff, **op. cit.**, pág. 11.

(12) G. Duby, **Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme**, Gallimard, París, 1978. (Hay traducción castellana: **Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo**, Petrel, Barcelona, 1980.

(13) J. Fontana, **Historia. Análisis del pasado y proyecto social**, Crítica, Barcelona, 1982, pág. 15.

(14) J. Le Goff, **op. cit.**

(15) Carlos Fuentes, **Gringo viejo** (en adelante GV), FCE, México, 1985. Las citas de esta novela pertenecen a esta edición.

(16) En "Textos de historia al servicio del nacionalismo", Josefina Zoraida Vázquez, en la compilación citada en nota 2, explica que "(...)hispanistas e indigenistas todavía tuvieron enfrentamientos violentos, que hicieron necesario que el VI Congreso de Historia en 1944 convocara a una Mesa Redonda para discutir los problemas de la enseñanza de la historia. En las resoluciones se aconsejó moderar indigenismo e hispanismo y promover de nueva cuenta la tesis del México mestizo. Todavía hubo un último encuentro entre radicalismos, con motivo del hallazgo casual de los restos de Hernán Cortés que acicateó a Eulalia Guzmán, tenaz detractora del conquistador, a buscar los restos del último emperador mexicano, Cuauhtémoc. La ridícula presentación no fue inútil, pues los extremismos provocados dieron lugar a una visión más ponderada del pasado mexicano" (págs. 48-49).

(17) Homero Aridjis, **1942. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla**, siglo veintiuno, México, 1985. (En adelante 1492). Las citas de esta novela pertenecen a esta edición.

(18) Le Goff, **op. cit.**, págs. 174-175.

(19) **Ibídem**. A propósito de las cesuras "antes/después" que imbrican la oposición pasado/presente con la ideología de los pueblos ejemplifica, además del citado caso francés, con lo sucedido en Italia donde aparecen dos puntos de partida del presente, cuyo choque constituye un elemento importante de la conciencia histórica de los italianos de hoy: el Resurgimiento y la caída del fascismo. A su vez, esto se complejiza por una relevancia otorgada al pasado anterior. Aquí Le Goff cita a Gramsci quien explica que en los italianos la tradición de la universalidad romana y medieval impidió el desarrollo de las fuerzas nacionales, o sea, burguesas, más allá del campo económico-municipal; esto implicó que dichas fuerzas nacionales no se convirtieran en *fuerza* nacional sino después de la Revolución francesa. Según rescata Le Goff, la observación de Gramsci permite evaluar en qué medida la relación con el pasado (lo que Hegel llamaba "el peso del pasado") es más fuerte en ciertos pueblos que en otros.

(20) Umberto Eco, **Lector in fabula**, Bompiani, Milán, 1979. (Hay traducción castellana: **Lector in fabula**, Lumen, Barcelona, 1981.

(21) En J. Le Goff y P. Nora, **Hacer la historia**, III, Laia, Barcelona, 1980.

(22) Según expone Paul Vanderwood, en "Explicando la Revolución mexicana", ponencia presentada en el Primer Encuentro de Historiadores Orales de América Latina y España celebrado en el Instituto de Investigaciones José Ma. Luis Mora, en septiembre de 1988 y recopilado en **Revista americana de ciencias sociales**, 1989, págs. 5-6: "resulta cada vez más difícil explicar la Revolución mexicana; existen pruebas de grandes conflictos en las nuevas síntesis. Mientras los autores están de acuerdo en algunas generalidades sin trascendencia, difieren mucho en lo que a causa y efecto se refiere. Por ejemplo, John Hart basa todo su argumento en la lucha de clases y hace un énfasis más superficial en la infiltración económica extranjera que fue principalmente estadounidense; para él, la rebelión se convierte en una liberación nacional. Lo que al respecto considera Alan Knight tiene poca semejanza con eso. Knight elimina toda la fuerza del nacionalismo en la Revolución, considera *popular* la revuelta y localiza su origen en asuntos referentes a las tierras y a la autonomía local. Hart asigna a la mano de obra un papel de gran importancia en el proceso de la lucha; Knight lo niega. Y cuando se trata de evaluar la revuelta como revolución, tanto Hart como Knight coinciden en que realmente *si fue* una revolución, un conflicto que cambió los papeles en la sociedad mexicana de manera muy importante. Knight afirma incluso que cambió en los mexicanos la manera de concebirse(...) Recordemos que otros han llegado a conclusiones completamente diferentes. Entre ellos Ramón Ruiz dijo que la rebelión cambió poco o nada la estructura que prevalecía, punto con el que John Womack está de acuerdo en general(...). Finalmente tenemos la contribución de François-Xavier Guerra que se concentra en la tensión a largo plazo entre el pensamiento tradicional, anclado en la estructura y la *mentalidad* del periodo colonial, contrapuesta a las llamadas ideas modernas de los reformadores liberales del siglo XIX(...) Guerra afirma que en lo esencial la lucha mexicana fue ideológica(...) permítaseme mencionar tres temas de gran importancia, cruciales para explicar la Revolución, y que hasta ahora he encontrado escasamente definidos(...) Se refieren a: 1) la naturaleza de las comunidades campesinas en el México prerrevolucionario, 2) la estructura del sistema político del Porfiriato, y 3) la búsqueda del cambio histórico y de las continuidades de la Revolución. En otras palabras, qué cambió, dónde y cuándo, durante la fase de lucha, y cómo lo localizamos". Althusser, Louis: "Idéologie et appareils

idéologiques d'Etat", **La Pensée**, 151, págs. 3-38. En castellano: **Ideología y aparatos ideológicos del Estado**, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

(23) John Searle, "The logical statud of fictional discourse", **Expression and Meaning**. Cambridge UP, Cambridge, 1979.